



NÚMERO SUELTO 15 CENTIMOS.

DOÑA MARÍA BARBADILLO

Ha fallecido en París esta señora, esposa de D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Modesta, sencilla, bondadosa, virtuosa sin alarde, fué siempre, pero particularmente en esta última larga emigración, la que con su cariño, sus cuidados y sus consuelos dulcificó las amarguras de la lucha emprendida por su esposo, le animó y le fortaleció, compartiendo todos sus infortunios y asociándose á todas sus esperanzas.

Cuando el Sr. Ruiz Zorrilla ocupó altas posiciones, el nombre de su señora no salió de las santas intimidades del hogar; fué siempre su esposa, su compañera, nunca la mujer que comparte el brillo, la influencia y el poder con el hombre á quien se ha unido.

Tan relevantes virtudes le conquistaron el respeto y el aprecio de cuantos tuvieron la honra de conocerla, y hacen que hoy sea general el sentimiento por su pérdida.

Grande es ésta para el Sr. Ruiz Zorrilla; inmenso el dolor que sufre; pero si cabe en estos trances terribles algún consuelo, se lo llevará á su destierro el eco del duelo con que en España se ha recibido la triste nueva, la unanimidad con que se reconoce lo mucho que la compañera de su vida valía en el terreno que debe valer la mujer, y el pésame cariñoso que le enviamos todos, amigos y adversarios políticos.

OTRA ILUSIÓN MENOS

Al publicar el Sr. Balart un tomo de poesías titulado *Dolores*, en el que llora y canta á la esposa que hace años perdió, sus admiradores le ofrecieron un banquete. Yo hubiera creído insultarle poniendo bajo sus ojos húmedos una copa de Champagne.

Tentaciones tuve de suplicarle que desistieran de tal propósito para no herir al que intentaban enaltecer, mas pensé que debía dejarle íntegra esta iniciativa á Balart. Yo me decía:

«Se engañan los que suponen que Balart puede aceptar un banquete por haber vertido en místicos versos su llanto y su pena. Si se asociaran á su duelo, y le propusieran visitar juntos, en guisa de peregrinación, el lugar en que reposan los restos de aquella Dolores cuya memoria ha arrancado tantas notas á su lira, Balart aceptaría conmovido el homenaje, y la gloria del poeta flotaría entonces sobre el mar de lágrimas vertidas por el esposo. ¡Pero ofrecerle un banquete donde todo es bullicio, á él, que busca la soledad; en que rebosa la alegría, á él, que cuenta por perdidas las horas que no dedica á su duelo! No lo han pensado bien.»

Todo esto me decía, aunque por lo visto sin razón, puesto que el banquete se celebró, y con brindis, lectura de poesías alusivas al dolor del poeta, expansiones artísticas, y todo aquello en fin que constituye el programa obligado en tales fiestas. El dolor, según dijeron, había encontrado su poeta en el señor Balart, y creyeron justo regocijarse al dolor.

Yo, he de confesarlo, quedé estupefacto: todas mis ideas sobre lo que hay de grande, de majestuoso y de solemne en el dolor sufrieron un golpe rudo. Balart, aceptando el banquete, había puesto la vanidad de que abomina sobre el dolor que ama. Una flor crecida al borde de la tumba de un ser querido colocada sobre el seno desnudo de la que la hubiera re-

gado con sus lágrimas para lucirla en una danza lasciva, no me habría producido efecto más hondo.

Y recordé que hace años, otro poeta, que también llora á gritos sus pesares, tuvo la desgracia de que su esposa le diese un hijo muerto; que transido de pena enristró la péñola y puso en verso el suceso infuosto; que llevo la poesía á un periódico de gran circulación; que á los dos ó tres días de publicada presentóse en la redacción, y dijo al encargado de la hoja literaria, con voz que procuraba que resultase dolorosa: *¡Vengo á cobrar las lágrimas de un padre!*, y que efectivamente las cobró, y se marchó un tanto consolado. Y recordé á la vez que desde entonces quedé plenamente convencido de lo que ya sostenía, esto es, que el dolor que se canta no existe, y que, por lo tanto, debemos limitarnos á aplaudir las obras de arte que lo merezcan, sin dar por ellas patentes de dulce, de tierno, de amante ó de apenado al autor.

No creo, ni he creído nunca en ningún sentimiento profundo que he visto expresado en frases bellas, pero menos que en otro alguno, en el dolor rimado; ni siquiera en el que se describe en prosa muy literaria. Es verdad que en esto se parecen el dolor y el amor; sólo se pintan bien cuando no se sienten. La pena muy profunda trae sollozos á la voz, y el que solloza canta mal.

Pero aun así, me explicaría que Balart hubiera cantado á la compañera de su vida cuando el dolor se hubiese mitigado en su corazón hasta el punto de permitirle rimar; más para él, sólo para él; para nutrir sus horas de esa melancolía dulce en que el dolor se transforma; para hablar á solas con su compañera un lenguaje más hermoso, más puro; para anticipar, puesto que cree en otra vida, tiernos coloquios. Pero ¿para los demás? ¿Despojarse para el público de lo que el sentimiento tiene de más grande, el misterio, el crepúsculo, la sombra? ¿arrojar á los leones el cordero de tenue vellón, á los gavilanes la paloma de alas alas? ¿buscar el aplauso mostrando los delicados perfiles del alma como el clown el gesto grotesco? Esto sólo puede hacerlo el que ya no siente, el que toma por el dolor su mueca, el que ha vuelto á la normalidad de la vida.

El verdadero dolor es mudo; vive de su propia sustancia ó se alimenta de lágrimas; se oculta cuidadosamente, y se ofende hasta de que lo adivinen. Si alguna vez pudiera con propiedad emplearse la imagen del ave Fénix, sería para decir que el dolor renace de sus cenizas, que se basta á sí mismo para vivir siempre. Pero el dolor que canta, que razona, que busca la luz, ese no es el dolor que mata y hace gozar al mismo tiempo.

Porque en el dolor, cuando es muy intenso, hay placer; en ocasiones hasta voluptuosidad; lo que no hay es ruido. Hasta se le comprende vestido de arlequín bailando y retorciéndose angustiado, mas no con un cuchillo en una mano y un tenedor en la otra, gesticulando y buscando frases de efecto para pagar los elogios que se le prodigan por el hecho de existir.

¿Quién no tiene en el pecho un rincón donde guarda un dolor punzante, suyo sólo, que oculta á las miradas ajenas, y que se indignaría si sospechara que alguien intentaba cambiárselo por alegrías? El instinto de la propiedad en nada se manifiesta más feroz que en los dolores. Lo único que el hombre posee en absoluto, sin temor á que nadie le ponga pleito para arrebatárselo, es su dolor. Así se explica que haya avaros de dolor, no pródigos; hipócritas, no fanfarrones; egoístas, no desinteresados.

El pudor de la pena es el más delicado; hay escondidos repliegues en el alma á donde nadie debe llegar ni con el pensamiento; el sagrario del dolor debe abrirlo únicamente el que lo cerró; cualquiera otra mano lo profana.

Por esto jamás me atrevería á entregar mi dolor á la voracidad del público, ni para inspirar lástima, ni para excitar admiración, ni para buscar aplausos, ni menos para hacer servir el cadáver de la persona amada de pedestal para mi gloria; ni siquiera para tener la vanidad de que supieran que sufría. Si la exhibición de las llagas del cuerpo repugna, ¿qué pensar de la exhibición de las del alma?

Creo, por todo lo dicho, que no han pensado en el hombre los que han enaltecido al artista, y que han elevado á éste á espensas de aquél; que en los platillos de la balanza en que los han colocado, ha pesado más el orgullo del poeta que el dolor del esposo; y que han debido honrar á Balart sin hacerle perder la silueta con que en el libro aparece, silueta que lo presenta á nuestros ojos desligado de las cosas terrenas, con la vista fija en el cielo, soñando con uniones eternas, y teniendo con su Dolores pláticas divinas en el lenguaje más hermoso que le es dado al hombre emplear.

Pero esto de leer sus versos, y figurárnoslo lloroso y dolorido, *muriendo porque no muere*; esto de envidiar la beatitud y la serenidad que el dolor presta á las almas creyentes, y sentirnos conmovidos ante el poeta postrado de hinojos sobre la losa que guarda los restos de la muerta amada, grande en su soledad, sublime en su desprecio hacia todas las pasiones humanas, fija su mirada en los cielos desde donde le envían perfumes de paz y bienandanza que aspira en su éxtasis, oyendo las celestes melodías que acarician su oído con las notas más puras del acento de aquella que le espera impaciente allá arriba...

Y de pronto, ver que aquél que desea morir preside un banquete; que ríe el que es elogiado por llorar; que se rodea de admiradores el que desprecia la gloria; que puebla su soledad, no con las visiones del asceta, si no con realidades dignas de Lúculo; que sepulta la humildad cristiana bajo montañas de aplausos; que se sube sobre el libro inspirado por su Dolores para que lo vean más elevado...

¡Oh! Los que le ofrecieron el banquete no pensaron en que empequeñecían á Balart, que asesinaban al hombre al ensalzar al poeta, que ponían en contradicción terrible á ambos. ¡Adiós desde aquel día el hombre que sufre, el prototipo del dolor, el que ama la vida sólo porque le permite llorar, el morador del cementerio, el que vive del recuerdo, el que cree, el que espera! ¡Adiós la esposa adorada, la pasión continuada más allá del sepulcro, los delirios del amor inmaterial, las desgarraduras del alma! ¡Adiós las poéticas leyendas, las tristezas inconsolables, la áspera fragancia de la pena! ¡Adiós la tierna melancolía de los versos, el susurro misterioso de la estrofa, la unión religiosa de la composición! ¡Adiós todo eso que deseamos ver en los elegidos! ¡Adiós, en fin, el Balart de *Dolores*!

El libro está ahí, pero el poeta del dolor no parece. El vaso está ahí, pero el perfume se ha desvanecido. El poema se ha trocado en anacreontica; el dolor en gloria.

Otra ilusión menos.

JOSÉ NAKENS.

EL MOTIN



Carlos Chapa despidiéndose de sus amigas para casarse nuevamente.

art. E. Fernandez. Fojos 3. Madrid

A ROMA

«Obreros á Roma
por tierra ó por mar,
al gran León XIII
todos á aclamar.»

Himno de la peregrinación obrera. De
El Estandarte Católico.

En el próximo Abril, cuando las lilas
florezcan reventando sus botones,
con conciencias serenas y tranquilas,
llena el alma de santas emociones,
en ordenadas y compactas filas
irán del Vaticano á los salones
los hispanos católicos obreros
que se hallen bien de ropa y de dineros.

¿Qué obrero por mezquinas cien pesetas
no abandona el taller para ir á Roma,
prepara diligente sus maletas
y en el tren ó el vapor pasaje toma?
¿Que no tienen un cuarto? Vanas tretas
en las que su codicia ruie asoma.
¿Es que han gastado, pues, ¡voto al infierno!
sus múltiples ahorros del invierno?

Y además, ¿no hay señores principales,
hombres de corazón, cristianos puros,
que en conducir á Roma menestrales
se proponen gastar miles de duros?
¿Que acaso no darían ni dos reales
á un pobre en sus más críticos apuros?
Mejor es que se gasten sus doblones
fomentando piadosas excursiones.

Y aunque lleven algunos de camama
que no han visto en su vida una herramienta,
que huyen del obrador cual de la llama
y que el ver trabajar los atormenta,
¿qué importa si el fervor así se inflama
y con su contingente el bulto aumenta?
El asunto es que vayan muchas gentes,
obrerros ó holgazanes insolentes.

Todos sirven igual; todo se atrapa
para una romería ó sacra leva;
mejor se da gato por liebre al Papa
cuanta más gente al Papa se le lleva.
Alguno habrá que á Dios quite la capa
de esos obreros de la hornada nueva,
alguno de esos seudos artesanos
que nunca tuvo callos en las manos.

¡Ah! Si yo me ciñese la tiara
y apostólico anillo me pusiera,
y esa grey ante mí se presentara
queriéndome engañar de esa manera,
cuando humilde ante mí se prosternara
suplicando que yo la bendijera;
le diría: «¡Guasones! ¿Es posible
que penséis dar el timo á un infalible?

¡JUSTICIA!

¡Dieciocho muertos! ¡Muchos heridos, algunos de
gravedad!

Esta nueva cifra hay que añadir á las aterradoras
que resultaron en Santander por la explosión del va-
por *Cabo Machichaco*, de la compañía naviera Ibarra.

Millares de personas se amotinaron al ocurrir la
nueva catástrofe, pidiendo á grandes gritos el casti-
tigo de la compañía Ibarra, responsable de las in-
mensas desgracias que sufre Santander, y hubo car-
gas y tiros al aire para disolver los grupos.

No se explica lo que ocurre en este asunto.

¿Por qué no están en la cárcel los individuos de
la casa naviera Ibarra, si es que ocultaron en la de-
claración del cargamento del buque que llevaban ex-
plosivos? ¿Por que se ha consentido que se piense si-
quiera en salvar el buque con peligro de la seguridad
de Santander?

Hay quien propone que se multe á la empresa para
socorrer á la familia de los obreros muertos ó inuti-
lizados. ¿Multarla? No, eso es poco. Embargarle cuan-
to tenga con ese objeto; que, por mucho que sea, no
llegará nunca á remediar en una mínima parte las
muertes y ruinas que ha causado.

Urge castigar con mano fuerte á los comerciantes
é industriales que por realizar grandes ganancias fal-
tan á la ley y comprometan la vida de los demás;
gentes sin sentido moral, y que, como dice Teófilo
Gautier, hacen consistir únicamente la probidad y la
honradez en recoger las letras á su vencimiento, sean
cuales fueren los medios empleados para reunir el
dinero.

Tendría que ver esto de que aquí fuesen ya á la
cárcel hasta los jueces, y se librara de pudrirse en
ella los que tuvieran dinero. Si la casa Ibarra queda-

ra impune en este caso, ó solamente con una peque-
ña lesión en sus intereses, habría que ir pensando
en arbitrar medios rápidos y decisivos para suplir las
deficiencias de la ley ó matar las influencias polí-
ticas.

No hacerlo, sería entregarnos atados de pies y ma-
nos á unas cuantas empresas poderosas, que se enri-
quecerían más aun de lo que se enriquecen á costa
de nuestras vidas y haciendas.

DOS PEPES

Leo en mi estimado colega *La Vo: Montañesa*, de
Santander:

A PEPE NAKENS

¡Tú siempre con tu manía
de dar furibundas solfas
á los reverendos párrocos
y á las beatas piadosas,
y yo aprovechando siempre
la oportunidad gloriosa
del día de San José,
padre del mártir del Gólgota
y santo nuestro— aunque tú
hagas protestas en contra,—
para ver si te convierto
y te encamino á la glorial
Tardaré; pero así como
horada al mármol la gota,
mella han de hacer mis consejos
en tu corazón de roca,
y he de verte, arrepentido
de tus pecados de ahora,
ingresar humildemente
en un convento... ¡de monjas!

PEPE.

A lo cual contesto con la sinceridad de un alma
verdaderamente cristiana:

A PEPE ESTRAÑA

Pepe; supprime lisonjas,
pues con pena te confieso
que no estoy ya para eso
¡ay! de vivir entre monjas.

En lo de mi salvación
trabaja sin descansar:
si no consigues triunfar,
que te valga la intención.

Por amor, no por manía
á los presbíteros riño;
es la forma que al cariño
le da siempre el alma mía.

Pero volviendo al convento:
si es que en tu empeño no cejas
de enchiquerarme entro rejas,
á mi salvación atento;
si persistes importuno,
en que me es fuerza tomar
un hábito, sin dudar
optaré por el frailecillo.

Y á tí, que como es notorio
de la moral te da un bledo,
la celda monjil te cedo:
déjame tú el refectorio.

PEPE.

DISPAROS

Los periódicos de Puerto Rico protestan enérgica-
mente contra la conducta de la Trasatlántica, que causa
perjuicios incalculables al comercio de aquella isla, sien-
do así que la Trasatlántica francesa se compromete á ha-
cer gratuitamente entre Puerto Rico y Europa el servi-
cio que no pueden hacer los vapores españoles, á condi-
ción que se les concedan las mismas franquicias que á
éstos. Dicen también que el *marqués de Comillas* se opo-
ne á tal concesión.

Naturalmente, si ha de salir perjudicado. Los que,
como él, desprecian los bienes terrenales, procuran ad-
quirirlos con ansia viva, para después hacerlos blanco de
su desprecio, corriendo tras otros nuevos, que á su vez
desprecian más tarde.

Por lo demás, que se fastidie el comercio de Puerto
Rico antes que mormen en un céntimo las ganancias del
marqués de Comillas.

Se ha constituido en Salamanca una sucursal de la Aso-
ciación de Padres de Familia, é inmediatamente ha en-
tablado querrela contra uno de los catedráticos del Insti-
tuto de segunda enseñanza de aquella capital.

Desde que se fundó esa asociación Comillas el de los
vapores, digimos que era contra la democracia y contra
la libertad.

Ni el gobierno ni la prensa lo quieren entender así, y
si lo entienden, hacen la vista gorda.

Si un día da esto una vueltecita, recogerán todos esos
Padres lo que hayan sembrado.

El Señor oiga mis cortas oraciones, y no permita que
tardé.

El Sr. Aguilera, ministro de la Gobernación, ha acrier-
to una información sanitaria.

El proyecto es plausible, y daría una gallarda mues-
tra de que quiere llevarlo á cabo, si suprimiera desde
luego los enterramientos en los conventos de monjas.

Contra ello ha tronado la prensa muchas veces, y re-
cuerdo que un periódico conservador, *El Estandarte*,
publicó hace años varios notables artículos encaminados
á este fin.

Tome esa medida y será aplaudido por todos.

La autoridad ha mandado cerrar la puerta de la ca-
pilla evangélica de la calle de la Beneficencia.

En el terreno religioso me tiene tan sin cuidado como
si cerrasen las de las iglesias católicas; digo mal, me ale-
graría que las tapiasen todas; en el terreno del derecho
me parece un atropello inaudito, aunque muy propio de
la reacción mansa que todo lo invade.

Retrocedemos á la barbarie.

MANOJO DE FLORES MISTICAS

Días pasados anduvieron de casa en casa por todo
Loeches dos neos forasteros y el cura indígena, requi-
sando cuartos para costear el viaje á Roma á un obrero
pobre, pero católico.

La colecta fué abundante, porque en Loeches no han
decaído la fe ni la eficacia de las aguas purgantes; pero
el asombro de los que soltaron la mosca ha sido mayús-
culo, al saber que el prójimo que va á viajar por cuenta
de ellos es un individuo que tiene varias fincas rústicas
y urbanas, disfruta de una posición bastante cómoda, y
podría pagarse el viaje. No comprenden que no debe ha-
cerlo por no quebrantar esta máxima:

«Si quieres ejercer de peregrino,
procura hacerlo á costa del vecino.»

El arzobispo de Granada se ha propuesto arruinarse
haciendo obras de caridad.

Para atender á la aflictiva situación de los obreros
granadinos, ha hecho el cuantioso donativo de ¡veinti-
cinco pesetas! Un capitalazo para quién, como él, no co-
bra más que treinta mil pesetas miserables de sueldo, y
los gajecitos.

¡Y aún se atreven á decir
de ese prelado ejemplar,
que le gusta recibir,
pero no le gusta dar!

Cuando más tranquilo estaba en su cama el párroco de
Muinos (Orense), asaltaron su casa unos ladrones, y le
exigieron el dinero que tuviese.

— *En non teño dinero*— les dijo el párroco.

No fiándose en la palabra sacerdotal, hicieron un re-
gistro, y encontraron 105 pesetas, de las que le dejaron
25 para el gasto de casa. El robado los obsequio con
chorizos, peras y pan, que comieron, despidiéndose des-
pués atentamente.

De este curioso suceso pueden sacarse dos deduc-
ciones:

- 1.ª Que hay ladrones bien educados; y
- 2.ª Que hay curas capaces de sacar dinero á los mis-
mísimos ladrones.

Los solanas de Tolosa
andan que echan el pulmón
organizando esa cosa
de la peregrinación
obrero-carlo-facciosa.
Con el ajeno dinero,
y actuando de peregrino,
irá más de un *cabayero*
que tiene tanto de obrero
como yo de capuchino.

Una preciosísima joven de veinte años ha desapareci-
do de la casa de sus padres en Granada. Se había edu-
cado en un convento de monjas, y se sospecha que haya
tomado ese oficio. Los padres están inconsolables, y la
buscan por todas partes.

Nunca se predicará bastante contra la influencia de las
malas compañías.

En el despacho de Manolo, vicario de Aracena:

— Señor cura; quisiera casarme con Fulana.

— ¿La viuda de un primo segundo tuyo? El parentes-
co es evidente y próximo. Dieciséis duros te cuesta la
dispensa, boda y demás.

— ¿Quiere usted diez?

— No es menos de una onza.

Así llevan cuatro meses cura y feligrés, aquél sin
querer rebajar un céntimo, y éste sin aumentarlo.

Pero, Señor, ¿para cuándo se deja el matrimonio ci-
vil, tan bueno y tan bonito como el católico, y mucho
más barato, y... (aquí un suspiro) tan insoluble?

BIBLIOGRAFIA

Hemos recibido el volumen *¿Qué es el Espiritismo?*, de la biblio-
teca de la Revista Psicológica *La Irradiación*, que se dedica á la
publicación de las obras más importantes de Espiritismo, Magnetis-
mo é Iluminismo, impreso en letra grande y con tamaño 8.º pro-
longado.

En la actualidad está dando á luz la obra titulada *El libro de los
Espíritus*, de Allan Kardec, traducido de la 35 edición francesa.
Se publican cuatro cuadernos mensuales de 32 páginas, costando
la suscripción seis pesetas al año. La Administración, calle de Ili-
ta, 6, bajo. Madrid.

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.